

El encuadre perpetuo, *ma non troppo*

Guillermo Ferschtut

“En el filo del saber se asoma el no saber.
Solo desde allí y como recorte de lo mismo,
es posible conjeturar.”

(Tortorelli A., 2001)

Suele ser reconocido que en el desarrollo histórico de la teoría y la práctica del psicoanálisis, las descripciones que dieron cuenta de determinadas hipótesis, fueron ampliando su esfera de acción e interacción, dando lugar a nuevas hipótesis, que lentamente se integraron abriendo otras áreas, en la medida en que la praxis fue dando cuenta de su valor heurístico.

Es en esta línea que me propongo puntualizar algunas reflexiones sobre un particular enfoque acerca de cambios en la manera de comprender la noción de encuadre: su carácter de móvil.

Voy a basar el desarrollo de estas ideas en:

a) La relación sincrónica que tiene lugar en el diálogo analítico entre transferencia y contratransferencia. b) Lo que en otros trabajos he llamado *identificación proyectiva a doble vía*. c) La noción de límite. d) La idea de témporo-espacialidad en el encuadre. Sobre el final, apuntaré una inferencia metafórica posible de lo que describo como una incipiente función de *reverie* en el bebé.

El psicoanálisis como práctica singular realizada entre dos personas y para dos personas, requiere de un ajuste de propósitos. Este ajuste tiene como fin organizar y desarrollar una relación terapéutica enmarcada en una cita témporo-espacial previamente consensuada entre analista y paciente: el encuadre.

Remontándonos a los comienzos, así como la teoría de la transferencia de obstáculo (Freud, S., 1913) se transformó en un instru-

mento, mucho después la teoría de la contratransferencia siguió el mismo camino, pero esto ocurrió sólo cuando la primera dio cuenta de aquellos aspectos con los que el paciente vivía la situación analítica. Recién allí quedó allanado el camino para la inclusión de las reacciones del analista, "... quien al comprender mejor sus propias reacciones, obtuvo un mejor entendimiento del acontecer en la sesión" (Racker, H., 1959).

Cabe preguntarse acerca de las razones por las cuales ha llegado tan tarde –casi cincuenta años de diferencia– en la teoría y en la práctica del psicoanálisis el concepto de contratransferencia, especialmente cuando lo comparamos con su homónimo, la transferencia. Un intento de explicación surge del hecho de pensar que era más riguroso e interesante en la actividad psicoanalítica centrar lo que ocurría durante el proceso en el interior del paciente y en sus reacciones. Así es que las consideraciones acerca del analista y sus emociones quedaron aisladas o distanciadas del interés en aquellos momentos. Los casos de Breuer y Ana O, Freud y Dora, etc.

También es posible suponer que haya existido una sobrevaloración en la consideración de la asimetría de la situación analítica, puesta al servicio de establecer una clara diferencia entre el médico y el paciente, heredera de la biología o de la práctica médica, que tiende a fijar la idea de salud en el terapeuta y de enfermedad del paciente. Por otra parte, la comprensión teórica podía resultar sumamente confusa ante la inundación de datos clínicos, que debieron ser evaluados con cierta independencia entre sí, no sólo por lo revolucionario de la teoría, sino porque además, ésta debía de ser construida de acuerdo con la tendencia objetivante, que exigían las ciencias de esa época.

Como vemos, ubicar transferencia y contratransferencia como funciones sincrónicas y complementarias era impensable en los comienzos de la práctica analítica.

El fluido comunicacional es una estructura muy compleja, cuya simplificación con fines descriptivos y didácticos se resume como el mensaje que va del emisor al receptor y su vuelta como respuesta, invirtiendo la fórmula, desde el que fue el receptor al que fue emisor y así sucesivamente. También debe de ser tenido en cuenta el medio donde transcurre dicho mensaje, su forma, tiempo y por supuesto la decodificación de su contenido. Un péndulo de ida y vuelta permanente, inmerso en un medio de alta complejidad.

Las cosas cambian si pensamos que todo vínculo que se establece

entre dos términos implica una interacción que se da por el solo hecho de establecerla. Así es que no hay percepción sin objeto y a la inversa un objeto existe porque se admite que de alguna manera es también percibido, imaginado o soñado por un sujeto. Vincularidad supone interacción, simultaneidad e interinfluencia. Así llegamos a autores como B. Joseph, que se refiere a la “situación analítica” como totalidad simultánea (Joseph, B., 1989).

Una imagen ilustrativa de esta cuestión sería la de dos péndulos, moviéndose permanentemente a distintas velocidades, que en su recorrido se encuentran de distintas formas, dentro de un medio que los contiene. El resultado de dicha interinfluencia es siempre mutuo, permanente y a doble vía, aunque no sea siempre equitativa, proporcional o visible.

LA IDENTIFICACION PROYECTIVA A DOBLE VIA SIMULTANEA

Para Hamilton, lo que el analista devuelve al paciente como parte de la función continente, *reverie*, lleva siempre adherido algo de su propio *self* y de su mundo interno (Hamilton, G., 1990). Infiere que cualquier análisis tiene en su interior un proceso mutuo y recíproco de identificación proyectiva entre el paciente y el analista. Intenta profundizar la teoría de Bion, haciendo explícito que tanto el analista como el paciente introyectan mutuamente la identificación proyectiva. H. Loewald señala que: “... Al analizar a pacientes que han elegido acudir a nosotros, elegimos ingresar en su psicodinámica, sus conflictos y estados mentales arcaicos, los cuales reconocemos como variaciones de los nuestros...” (1986). Odgen puntualizó que en la identificación proyectiva eran necesarios procesos intrapsíquicos e interpersonales, “... no existe identificación proyectiva donde no existe interacción entre el proyector y el receptor...” (1986).

La idea de la doble vía simultánea (Ferschtut, G., 1984) permite ampliar conceptualmente la noción de vínculo, que aparece íntimamente ligada con la consolidación de la dupla. Cada pareja conforma una estructura psicopatológica específica y una modalidad propia. Liberman estudió sus matices como una guía para comprender el desarrollo del proceso (Liberman, D. y otros, 1960), con ello evitó la generalización y tomó un criterio especial para la necesidad de cada paciente (Liberman, D., 1974). Entendemos que dicho criterio,

no puede a su vez dejar de tener en cuenta el constante interjuego transferencial-contratransferencial.

Cada aspecto del proceso implica interacción en la que deben tomarse en cuenta las variantes que la fantasía transferencial aporta desde el ángulo de la reparación del paciente (Meltzer, D., 1968), como aquellos otros aspectos que en relación con la misma fantasía y unidos a los propios resuenan correspondientemente en la personalidad del analista. Así la pareja co-incide en la distribución, diagramación, comprensión y difusión del *insight* logrado. Este debe originarse, descubrirse, discriminarse y desarrollarse en el mismo ámbito de la situación. Es decir, surge como fruto de la labor común, una creación conjunta de la pareja. Es necesario admitir que también vale para lo fracasado, reprimido e incognoscible de la dupla.

Tanto la idea de la asimetría (Ferschtut, G. y otros, 1993) como la de continente-contenido, implican la posibilidad de que en algunos momentos las direcciones se inviertan, aun cuando pueda asumirse que ello no ocurre la mayor parte del tiempo. Sin embargo cuando ello ocurre a causa de errores provocados por precipitación, equivocaciones de línea o faltas del analista en general, su reconocimiento adecuado puede dar lugar a nuevas fantasías y pautas interaccionales que, adecuadamente analizadas, restauran las cosas.

La idea de la identificación proyectiva a doble vía (Ferschtut, G., 1964) brinda un buen campo de observación para los fenómenos que deseamos señalar. De tal forma es posible pensar que si el encuadre es un derivado, un producto de una relación, no es un *a priori*, en todo caso se trataría de una intención. Consiste en un acuerdo que no será siempre fijo o constante.

EL ENCUADRE

Se trata de un proceso con parámetros que delimitan funciones (Rimoldi, R., 1994), un contrato (Lieberman, D. y otros, 1960) o convenio de invariancias, de una casi imposible fijeza, ya que su organización implica ubicar y sostener un campo de fuerzas móvil, de tensiones inciertas e indeterminadas que aseguren adecuadas condiciones de intervención.

Se refiere por lo tanto a una construcción artificial acordada inicialmente por la dupla para establecer los elementos diferenciales de esa relación. Implica la aceptación de parámetros mínimos

indispensables que tienen como finalidad la conservación de un espacio productivo de mutua indagación, pero su real asimilación por parte del paciente no se da desde el comienzo. Más allá de la definición, existe el procedimiento por medio del cual se lo informa y se lo logra. Asimilarlo llevará un tiempo, facilitado por la comprensión de aquello que se va dando en la interioridad del proceso. Allí ambos observarán los desajustes ya sea en el metabolismo o en la circulación de experiencias, que van desde la percepción más o menos adecuada de tiempo y espacio a la recepción, proceso y reintegración de dichas experiencias, que consecuentemente irán a incrementar el acervo del crecimiento del *self*. Lo que pueda surgir de esa relación hablará también de la efectividad del encuadre.

Como señala Ríos, C. (2002), el encuadre no sólo señala prescripciones, sino que también instituye reglas de juego que contribuyen al otorgamiento de sentido del diálogo entre los interlocutores de la relación analítica. Se suman a esto los criterios contextuales –variables–, que trae Zac (Zac, J., 1971) y la relación contextual-metacontextual (Lieberman, D., 1974).

El encuadre refiere a un borde, una zona, un límite no lineal ni fijo, que define la llamada situación analítica. Contiene, además del contrato analítico, la información acerca de la regla fundamental permitiendo la libre asociación, la atención flotante y consecuentemente el desarrollo de la neurosis de transferencia. Con las expectativas previas de cada encuentro, las distintas fantasías de salud, enfermedad y curación se irán combinando en función de los roles fantaseados, ofrecidos y otorgados, que asumidos por los integrantes irán dando los correspondientes ajustes a la relación.

El *setting* analítico (Etchegoyen, R., 1986), su ritmo, su constancia y sus interpretaciones, reactivarán por vía regresiva angustias de separación con expectativas, ilusiones y desilusiones. Es el trabajo de poder ver en el límite de los recursos de cada uno. En un caso, para explicar, y en el otro, para delimitar un poco mejor la problemática en juego, además de la realidad externa y la del Super yo.

Se trata de umbrales de relativa fijeza o constancia, en los que se operan necesaria y permanentemente una serie de microajustes, de allí deriva la idea de poder describir el encuadre como una suerte de microfísica del límite.

Su constancia abarca todos los elementos que el analista ofrece, a saber: estado mental, afectividad, capacidad profesional, lugar de trabajo (consultorio), horario, honorarios, etc. A tal punto estos

elementos son importantes que cualquier variación en uno de ellos tiene resonancia significativa en la fantasía inconsciente vincular, así como en la fantasía inconsciente de cada uno.

Como vemos, el encuadre no proviene de la teoría como una imposición, pero sí deviene fundamental para la comprensión del proceso. A su vez, supone otras funciones no menos importantes: a) tiene por fin la organización de los tiempos en los que transcurre el proceso, b) establece un referente de constancia que posibilita realizar comparaciones, diferencias e inferencias acerca de los roles que del mismo tienen paciente y terapeuta dentro del proceso, c) fuera del mismo, posibilita un elemento en común para comparar modelos de referencia entre diferentes operadores de la comunidad profesional. Si es vivido como imposición y por lo tanto violenta, ha de ser porque así lo percibe la parte infantil del paciente, fijada en otras circunstancias.

No hay realmente proceso por una parte y encuadre por otra. Son aspectos complementarios de una misma realidad que nuestro modo de conceptualizar tradicional divide y oprime, en un *porre-levare* constante, a causa de la naturaleza de nuestros modos diferenciales de percepción.

La teoría psicoanalítica ha desarrollado más la teoría del proceso que la del encuadre. Al proceso se lo supone móvil, sonoro, y observable. Y al encuadre se lo supone silencioso, fijo y extrañamente oculto por sobrentendido. Pero esto es así para una mirada rápida que no se ha detenido lo suficiente en el encuadre.

La idea de la fijeza del encuadre y la movilidad del proceso es relativa y proviene, a mi juicio, de una necesidad didáctica, que se origina en la visión de un cuadro cuyo marco contiene y limita en su interior el tema pictórico. Por extensión, en un vínculo hablamos de marco fijo. Uno no mira el marco cuyo efecto es limitar, contener resaltar y separar la pintura del contexto.

Hay una relación continente-contenido en la que el encuadre sostiene al proceso. Muchas veces se da lo contrario, y es el encuadre el que resulta contenido por el desarrollo del propio proceso, en un devenir proceso del encuadre, donde se cuestiona su sentido y significado. El encuadre es como la orilla desde la que se observa el proceso, pero esa orilla es móvil, se desplaza en correlación al movimiento mismo del proceso.

Bleger ha descrito los problemas que surgen en relación con los elementos mudos depositados en el encuadre (Bleger, J., 1967),

cuando éstos permanecen fijos en una aparente normalidad. Una observación atenta del problema nos demuestra que su significación no reside en el hecho de que el encuadre no varíe, esto es absolutamente imposible, sino que el rango de la variación de los elementos del mismo sea tal que permita acotarlo dentro de una tendencia a la constancia. El citado autor definía con mucha precisión, que en el encuadre psicoanalítico se hallan contenidas múltiples fantasías clivadas de la personalidad que están vinculadas a lo que ha denominado la parte psicótica de la personalidad, por lo que cualquier cambio en la fijeza del encuadre conmueve profundamente a toda la personalidad del analizado, hecho al que el analista nunca es ajeno.

Volviendo al título del trabajo, se trata de una tarea de delimitación perpetua porque se asume que los límites nunca están establecidos de modo definitivo. Se supone un límite móvil que genera una zona de constancia, pero no una línea de constancia. Esa zona puede ser simplificada por una mirada superficial y por eso ser percibida como inmóvil, pero esto es sólo el efecto de una observación poco sutil.

En realidad, encuadre y proceso conforman un sistema íntimamente correlacionado, cuyas propiedades sincrónicas y diacrónicas son compatibles de manera permanente. Es necesario, entonces, hablar del límite como la interacción permanente entre proceso y encuadre en tanto dimensiones inseparables. El límite, concepto polisémico (aplicable a la cultura, a la epistemología, al tiempo, etc.) aquí alude a una práctica, a un proceso constante de particular percepción. En la jerga popular se aplica también a la contención. *Me sacó de las casillas, me desbordó, se pasó, etc.*

¿Cómo describir todo lo que pasa en un límite o una frontera que une y separa a la vez y que contiene indicios, insinuaciones o aproximaciones hacia uno u otro lado?

DE LOS LIMITES

En su libro *Elogio de los límites* (2000), el filósofo Eugenio Trías recordaba:

“... la palabra ‘límite’ deriva etimológicamente del latín limes. El limes designaba una zona de territorios que el Imperio Romano no había establecido en sus lejanas fronteras con los pueblos bárbaros. Esos terrenos fronterizos estaban habitados por unos

personajes, los limitanei, que poseían como rasgos comunes la marginalidad, la inadaptación, la ambición y el espíritu aventurero, atraídos que se sentían por unos lugares donde la ley era más laxa que en la lejana Roma. A su vez, los limitanei se veían sometidos a una triple tensión: tensión provocada por la cercanía de los bárbaros, de los cuales se suponía debían defender el imperio, con los que guerreaban pero con los cuales solían establecer pactos, y que a menudo eran enrolados en los ejércitos romanos; tensión interna provocada por las relaciones conflictivas y violentas entre ellos mismos y por último, tensión originada por la desconfianza de los senadores romanos que temían, con razón, la irrupción de algunos de los militares allí destacados que pretendieran volver sus armas contra la metrópolis dando un golpe de Estado y proclamándose emperador...”

La metáfora del *limes* y de los *limitanei* me parece adecuada para describir algunos aspectos que hacen al clima y la atmósfera que puede crearse, sobre todo en esos territorios, donde impera aquello que está al límite de lo representable. Límite como una construcción en permanente proceso que una vez instalado no se sostiene solo, sino que cada vez requiere nuevas o permanentes reinstalaciones. Transcurre en los confines de lo anunciante, de lo admisible, de lo describible de la analizabilidad. Entre lo no simbolizable y lo simbolizable. Entre la ecuación simbólica y el símbolo, en el borde adentro/afuera de lo que se puede decir, escuchar, nominar, comprender y significar.

Respecto de la situación analítica podemos distinguir dos tipos de límites. Uno, se asemeja más a una suerte de coordenadas: tal día a tal hora. Este es un límite *a priori* que tanto el paciente como el analista esperan y saben antes del encuentro. Es más, este límite arma los lugares de paciente y analista en semejanza a la representación *a priori* que se tiene de la situación analítica.

Pero habría otro tipo de límite, un límite no *a priori*. Ese límite es el que se constituye y que constituye al sujeto en el encuentro. Es el límite indeterminado que se determina en el choque de fuerzas. Es el indeducible *a priori*.

Ahora bien, si las representaciones siguen vigentes y por lo tanto, si los lugares de la situación se encuentran anclados en representaciones previas a la situación, los límites no pasarán de ser meras coordenadas horarias. Sólo en la transformación que supone el vínculo, se dará el campo que permita la gestación común de los propios y circunstanciales límites.

En el trabajo del Yo no hay quietud. O se avanza o se retrocede. No hay conquistas y territorios liberados, sino que hay que luchar en donde habita *el limitanei*. El *ir descubriendo* será la tarea analítica en términos de ajustes entre confines, sabiendo que nunca se va a ver todo. La idea es la del encuadre bien atemperado (Donnet, J., 1999), el encuadre temperándose, el encuadre perpetuo, gerundio que cada vez debe ir modulándose.

El trabajo psicoanalítico y sus vicisitudes consistirá en permanentes micro ajustes encuadrantes, que sostienen las nociones de adentro/afuera, antes o después, lo mío, lo tuyo, lo nuestro, y las formas en que se visualizan las fantasías con respecto a los límites. Lo mismo pasa con el Yo y sus fronteras. Se trata de un trabajo en las fronteras expansivas y retráctiles del Yo, no en el sentido de establecer una línea, sino de habitar una zona de más adentro o más afuera, permeable e impermeable.

En cada límite habrá influencia y confluencia de los bárbaros, los *limitanei* y los romanos. Claroscuros, grises o conflictos. En cada frontera hay posicionamiento, incertidumbre y vigilancia. En cada *insight* hay rectificación, ratificación, ajustes de roles y de sentido. En cada recuerdo hay un poco de repetición. En cada repetición hay un quantum de elaboración. En cada elaboración hay algo de recuerdo y a su vez de reparación. La madurez consiste en la plasticidad de poder definir en cada circunstancia espacio y tiempo, el fondo de la figura, y los límites entre lo uno y lo otro.

La identificación proyectiva a doble vía, genera la idea de un campo que tiende a modularse y reencuadrarse permanentemente con cada intervención. Se unen y se separan a distancias, tiempos y velocidades variables en cada vuelta, en cada sesión cada momento del diálogo; y así van ajustándose permanentemente. La identificación proyectiva normal resulta de un adecuado balance entre las angustias de intrusión y de separación. Explica la alteridad y por ende, la distancia óptima del objeto y la autonomía de los participantes.

¿Cuándo las dos caras hacen un jarrón, o cuándo un jarrón puede llegar a ser visto como dos caras? Una puerta esta entreabierta. ¿Medio cerrada? ¿Medio abierta? ¿Cómo se hacen los ajustes necesarios para la nominación de esas diferencias? Así nuestra capacidad de percibir y establecer límites —y el encuadre es uno de ellos— dependerá del soporte o sostén, indeterminación o valoración, de un conjunto de factores personales, entre texto y contexto,

claroscuro de neurosis, psicosis, fronteras, perversiones, etc. Por eso *perpetuo*.

El encuadre concreto está sometido a los vaivenes de la temporalidad vincular entre el analista y el paciente. Funciona como elemento que contiene no sólo reminiscencias, marcas, reiteraciones, represiones, etc., de diversas expresiones normales y patológicas, sino como la expresión de simultaneidad del tiempo actual y también como parámetro y sostén del tiempo transicional.

Como vemos, el encuadre debería resultar de un acuerdo, de un compromiso entre las expectativas del paciente y las expectativas del analista, sólo que su valor es percibido por el paciente con mayor frecuencia e intensidad en los momentos en el que se está por instalar la neurosis de transferencia y el analista se ubica provisionalmente para que se pueda ir dando esa situación. Pero también tiene que llegar el momento en que ambos puedan utilizarlo para ubicarse y refugiarse en el mismo como un faro, producto de una construcción mutua y como seguro para que el acto psicoanalítico pueda tener lugar.

Existen a mi juicio dos configuraciones simultáneas y complementarias que permiten comprender la importancia de considerar el encuadre como *perpetuo*, y en ajuste permanente en su función de contención e inherente a la misma. El dispositivo que alberga características tanto maternas, como metáfora de incondicionabilidad, o paternas, como metáfora de corte o de ley, también alberga la modulación entre ambas. Y ello sin que sean excluyentes ni predefinidas.

¿Cuál es el interés de definir hoy “circunstancia”? Entiendo que ayuda a teorizar en el terreno de trabajo mismo, a estar libre para ampliar el campo y no “aplicar” mecánicamente la teoría. La noción de circunstancia no proviene de la teoría, simplemente surge del propio dispositivo.

El psicoanálisis es el psicoanálisis y sus circunstancias. No se trata de la relación abstracta con el mundo ni de la relación general con “la época”. Es, más bien, la relación que se establece con los aspectos específicos que hoy condicionan su operación.

Las circunstancias –es decir, aquello que está a mi alrededor, que no sólo me circunda sino que también me constituye sujeto como tal (Ferrater Mora, J., 1982)– no pueden ser consideradas como algo exterior y maligno que irrumpe en nuestra pureza. Todo ocurre en ellas y con ellas. En rigor, no hay buenas ni malas circunstancias.

Podría decirse que llamamos buenas a las circunstancias respecto de las cuales estamos entrenados, habituados, es decir, para las cuales tenemos herramientas. Y sobre todo llamamos malas circunstancias a las que exigen que nos transformemos. En ellas es cuando tenemos que abandonar el repertorio de amabilidades ya dogmatizadas o burocratizadas. En un mundo estable uno puede imaginar que sólo sobrevive aquello que se conserva, pero en un mundo en devenir alterador, lo que se conserva sucumbe. Dicho sea de paso, ese es el desafío actual para todos. La circunstancia es un fundamento más.

¿Cómo se regula y percibe la circunstancia? A través del funcionamiento concreto del encuadre, porque paradójicamente, está para ser violado. Es el laboratorio en el que se genera la noción de circunstancia necesaria, y el psicoanalista está para mostrar, percibir y establecer el contenido emocional de esas violaciones precisas como circunstancias concretas por las que atraviesa el análisis. Si la enfermedad es “todo lo que ocurre entre el médico y el paciente” (Balint, M., 1961), la noción de circunstancia permite teorizar sobre eso que ocurre. Por ejemplo, si alguien falta a una sesión, avisa y quiere “reponerla”, estará incurriendo en un error respecto de las circunstancias concretas del proceso psicoanalítico: se entiende que se puede tener “otra sesión” por supuesto, pero la que se iba a reponer no se repone más que imaginaria y artificialmente, pues la circunstancia es otra y la sesión en sí misma es una circunstancia específica. Puede postularse que cada interacción analítica tiene estos momentos lógicos, aunque no aparezcan del todo explícitos.

La circunstancia rodea todo esto, de la misma manera que en cada paso hay un apoyo, y en cada apoyo está el vacío de lo nuevo. ¿Cuándo son seguros los pasos? Cuando son firmes y a su vez dependen de la seguridad del horizonte, que es donde verdaderamente los pasos se apoyan. Así se marcha.

El psicoanalista, armado de su “capacidad para desconocer” (Bion, W., 1965), puede percibir y pensar las circunstancias producidas en la sesión misma. No está armado de un saber sino de una confianza en el proceso mismo, en sus condiciones de asepsia, deseo, conocimiento, y acción del inconsciente y la contratransferencia. Allí se hace carne dicha noción y la relación estrictamente emocional que la trama. La circunstancia es un fundamento más.

Resumiendo, vemos que la inclusión de la contratransferencia por la puerta grande de la relación transferencial aparece luego de cincuenta años de considerar la transferencia como única.

Unidireccionalmente, ello permite comprender que actualmente la llamada situación analítica contiene elementos derivados de ambas. Por más objetiva que intente ser, la consideración del vínculo siempre está estructurada desde la óptica del que interpreta. En todo vínculo habrá un cruce significativo y simultáneo de identificación proyectiva y procesos identificatorios a doble vía, y de este cruce el mismo vínculo será el resultado, que de paso desmitifica la ilusión de objetividad de observador.

Desde allí podemos conjeturar que si bien el *reverie* materno funciona como receptor y continente de las proyecciones del *infans*, éste también recibe, en cierta medida, la proyección de ansiedades maternas que deberá comenzar a contener y mantener en su incipiente estructura psíquica. Es decir que, para sobrevivir a la proyección de la ansiedad materna, por ejemplo no ser el hijo ambicionado y no responder a las expectativas previas de su madre, circunstancias de depresión materna, falla materna, etc., ¿no será que el bebé también le ofrece un continente a la madre? ¿Y que con sus respuestas apropiadas retiene y filtra las proyecciones ilusorias o delirantes de la madre?

¿Aparece aquí una incipiente *reverie* del bebé? ¿Se podría pensar en una *reverie* pasiva del bebé, que con sus propias respuestas le enseñe a la madre, la buena vía para que ella le dé? Aquí, proyecciones de este tipo se podrían referir al hijo que quería —en su fantasía— hasta que llegue a “tomar” al hijo que tiene en realidad.

La sincronía en el vínculo da lugar a la concepción de la existencia de una estructura interactiva paciente analista, unidos por la tarea y la mutua necesidad. La boca necesita un pecho que la conforme y la confirme, y el pecho también. De esta manera se estructuran, internalizan y asimilan mutuamente. Sería importante tomar en cuenta el punto de vista de la identificación introyectiva como proceso simultáneo a doble vía del bebé y de la madre. Vale para la normalidad y para la patología. El bebé se confunde con la mamá, en la mamá y viceversa. A veces el bebé se traga a la mamá, a veces la mamá al bebé. Cuando lo describimos, lo hacemos con predominancias, partimos de una diferencia. Respecto de este punto, es importante tener en cuenta la incipiente función continente del bebé.

En la clínica, y específicamente con respecto al tema que nos ocupa —el encuadre—, no siempre serán alteraciones correspondientes al paciente, y nuestras fallas, además de tener algún sentido,

deben ser toleradas por el paciente con la capacidad de *reverie* de él. Desde el comienzo de la interacción se inicia la construcción del clivaje y de la necesaria asimetría, que deberá corregirse y resignificarse lentamente y a cada momento en que ello sea necesario. Así, encuadre, la regla fundamental y todo lo que sigue, serán sinónimos del análisis.

Son las reglas del juego. Nadie sabe en completud la teoría de la técnica, ya que es una construcción en la que sobre la marcha se va construyendo entre dudas y certezas.

Paciente A: por razones de espacio transcribo aisladamente y como ejemplo de reencuadre, una interpretación durante una situación crítica con un paciente (Ferschtut, G., 1971), de cuyo dramatismo da cuenta el contenido que surge de la misma.

“... En estas condiciones decidí replantear el encuadre. Le expliqué la situación por la que estábamos atravesando, mi-su necesidad de tener una posibilidad de localizarlo (teléfono), mi-su necesidad de comunicación con un familiar o amigo que supiera que estaba en tratamiento conmigo y que pudiera hacerse cargo de lo que él, en ese momento, no podía, es decir, de sí mismo, le avisé también de mi-su necesidad de regular honorarios y de una cuarta sesión postergada desde nuestra primera entrevista. Le dije que también debíamos pensar que quizá en algún momento se podría plantear la posibilidad de una internación por algunos días, entendiendo que el análisis debía transcurrir con un mínimo de estabilidad para que pudiéramos hacernos cargo de él. También le avisé que mi determinación no era fruto de ninguna improvisación, y que aun entendiendo que para él podía resultar sorpresivo mi planteo, estaba dispuesto a analizar a su tiempo cada una de las distintas reacciones que mi actitud despertaría en él... Me escuchó muy atentamente...”

Paciente B: Juan trabaja como ejecutivo. Tiene una situación fóbica de base y fuertes defensas obsesivas, muy apegado y dependiente de sus objetos parentales. Una de las razones por las cuales concurrió al análisis es que hace tiempo que está con dificultades para establecerse por cuenta propia. Funciona en un par de empresas, donde sutilmente autogenera nuevas situaciones de dependencia que precisamente le impiden su deseo de independizarse.

Muy cumplidor con el encuadre formal del análisis, honorarios y asistencia, etc. En muy pocas ocasiones se desvía de esta pauta. Relata que en una de las firmas en las que trabaja fue elogiado por

su labor y recibió un merecido reconocimiento y una oferta de mayor compromiso con la compañía, lo que por otra parte le perturba de sobremana. Se da cuenta de que ahora que pasaría a ser socio de la firma se siente menos eficiente y menos productivo, en todo caso más acobardado que cuando funcionaba como asesor. Reflexiona diciendo que eso ocurre porque la responsabilidad antes era de otros, y “*como me quedo siempre con un poco que no doy*”, ahora tengo que darlo todo.

Le señalo que creo correcto lo que dice, pero que su forma de decirlo, y en sus silencios, parece aquí no querer hacerse más cargo aún —y más responsable—, de la propia verdad que trae, porque eso sería asumirla del todo entre nosotros. Le recuerdo que, en esos momentos circulaba entre nosotros el tema de la sesión anterior, en donde, por no llegar tarde prefirió no venir. Responde que él prefiere dar indicaciones, en todo caso, desde la orilla al barco que está en alta mar, ya que en esa situación se siente más seguro, porque allí los que navegan son los otros.

Le digo que la distancia de la orilla a alta mar es muy grande y que en realidad él está en un barco y no mirando el análisis desde la orilla para verme navegar a mí. Este trabajo lo estamos haciendo juntos y trabajar para poder entender por qué debe renunciar a gran parte de la sesión por el problema de llegar tarde e implica que seamos socios en el mismo barco y no tan distanciados como la situación de la orilla parece querer significar. Ni él está en la orilla y yo en el barco o viceversa.

En función del encuadre, la idea de asumir una responsabilidad implica el desprendimiento, por un lado de una dependencia que lo reasegura, pero claramente y a la vez, de una coartación que le impide otros desarrollos.

El límite es a su vez una noción de las percepciones, de la luz y la sombra, límite en el sentido de que siempre hay algo que está oculto, la noción de que siempre hay un corte.

Paciente C: Llega, se acuesta y luego de un silencio dice con vacilación lo que con el tono parece pedirme y con el texto parece anunciarme: no va a venir la próxima semana... vacaciones de invierno de los chicos... los ve poco, está un poco cansado de viajar tanto cada día, y además, como cosa propia (sic), tiene que llevar el coche al taller.

¿Anuncio? ¿Asueto? ¿Permiso? ¿No pago de las sesiones? ¿Descanso? ¿Vacación? ¿Taller? ¿Autonomía? ¿El es un objeto mecáni-

co? ¿Quién decide? Este es casi un punto culminante de la neurosis de transferencia, mezcla de reedición de la extrema dependencia y edición como tentativa de cambio.

Contratransferencialmente me vi en la situación de aprobar o desaprobado el pedido (en el caso que lo fuese), alegrarme por la idea de que estaba cambiando, o confundirme por no saber en un instante cuál era mi rol. Allí el encuadre sirvió de refugio y de rescate de una transformación que se había operado en mí por la proyección de la imago materna-paterna otorgadora de permiso, o feliz por un determinado cambio incipiente. Estos elementos generaron en mi mente la estructura de la interpretación.

El encuadre permite señalar al menos tres niveles. *El nivel preescolar*, como uso preverbal del lenguaje; *el nivel escolar*, como la “cosa propia”, llevar el coche al taller, pedir sus vacaciones de invierno y su confusión con un objeto mecánico como el auto que alguien tiene arreglar y poner en marcha; y *nivel adulto*, poseer la llave y la decisión. ¿Quién la tiene?

En estos tres ejemplos, y en relación al tema del encuadre, podemos ver tres diferentes niveles de acercamiento. En una definición personal, llamo al primer ejemplo *preescolar*, porque casi didácticamente el analista verbaliza los lugares que conciernen a cada uno, con el propósito de salir de la confusión señalándola. Al segundo ejemplo lo denominé *escolar*, porque hay un lenguaje con más abstracciones. La metáfora es explicitada, comprendida y hay corrección y aprendizaje. En el tercer ejemplo, al que llamaremos *adulto*, hay incógnitas, desafíos, maniobras defensivas, pero la propuesta del diálogo es más desafiante ya que apela a la interacción de dos personas maduras e invita a la conjetura.

El encuadre contiene los límites del adentro y el afuera, el protocolo, los alcances, la transmisión, teorización, es un objeto transicional que genera un espacio simbólico donde se produce la elaboración y la concepción de la metodología de la elaboración, que son dos cosas diferentes. Indica que lo que se dice señala que no alcanza con lo que se dice. Una buena formulación que hace límite es la que dice algo y al decir muestra que no puede decirlo todo, no por torpeza, sino por estructura del límite.

Un encuadre lo suficientemente elástico aporta pautas de participación dirigidas a favorecer la espontaneidad del lazo y a evitar sesgos. Ayuda a los participantes a situarse en la dinámica de la indagación que deben realizar, y de las expectativas que se tienen o

se podrían tener acerca del otro. Esto permite establecer la neutralidad del analista, la claridad acerca de lo que se hace y la explicitación de las dudas referidas a la situación.

En cuanto a las transformaciones que se operan en ambos integrantes en una sesión ideal, podríamos decir que ambos salen transformados y cambiados respecto de las expectativas que cada uno de ellos tenía antes del comienzo de la sesión, y rescatados en sí mismos al terminar la sesión. Uno, entendiendo cuál es el sentido de estar en análisis con ese analista; otro, entendiendo cuál es el sentido de ser el analista de ese paciente en esa situación y en función de qué factores se operan los cambios.

La noción de experiencia vale más por la posibilidad de prever peligros que la de certificar seguridades.

BIBLIOGRAFIA

- BALINT, M. *El médico, el paciente y la enfermedad*. Libros Básicos. Bs. As., 1961.
- BION, W. *Transformaciones. Del aprendizaje al crecimiento*. Centro Editor de América Latina. Argentina, 1965.
- BLEGER, J. "Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico", en *Simbiosis y Ambigüedad*. Buenos Aires, Paidós, 1967.
- DONNET, J. L. "El diván bien atemperado". *Revista de Psicoanálisis* de la Asoc. Psic. de Madrid, nº 31, 1999.
- ETCHEGOYEN, R. H. *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*, capítulo 38. Editorial Amorrortu, Bs. As., 1986.
- FERRATER MORA, J. *Diccionario de filosofía*. Alianza Diccionarios, Madrid, 1982.
- FERSCHTUT, G. "Identificación y diálogo analítico". VI Simposio y Congreso Interno de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Noviembre de 1984.
- FERSCHTUT, G. "Final de la sesión considerada como un momento especial del grupo". *Rev. Psicología y psicoterapia de Grupo*, Tomo III, nº 3, 1964.
- FERSCHTUT, G., BERGALLO, A., MARTÍNEZ DE SÁENZ, M. "De identificaciones proyectivas, de sincronías y de asimetrías". XV Simposio y Congreso interno de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Octubre de 1993.

- FERSCHTUT, G. "Proceso de simbolización y diálogo analítico". *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina*, tomo XXVIII, 1971, Bs. As.
- FREUD, S. (1913) Sobre la iniciación del tratamiento. (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I), en *AE*, Vol. 12.
- GREEN, A. (1974) "El analista, la simbolización y la ausencia en el encuadre psicoanalítico", en *De locuras privadas*. Buenos Aires, Amorrortu, 1990.
- HAMILTON, G. "La función de contención y la identificación". *International Journal Pscho-analysis*, 1990.
- JOSEPH, B. *Equilibrio psíquico y cambio psíquico*. Ed. Julian Yebenes S.A., Madrid, 1989.
- MELTZER, D. (1967) *The psycho-analytical process*. Londres: Heinemann, ed. Paidós, 1968, Bs. As.
- NÁCHER, G. "El encuadre como límite y los límites del encuadre". *Revista de Psicoanálisis de la Asoc. Psic. de Madrid*, nº 31, 1999.
- LIBERMAN, D., SOR, D., FERSCHTUT, G., "El contrato analítico". *Revista de Psicoanálisis*, Vol. 18, 1960.
- LIBERMAN, D. "Complementariedad estilística entre el material del paciente y la Interpretación". *Revista de Psicoanálisis*, nº 31, 1974.
- LOEWALD, H. "Transference-Countertransference". *J. Amer. Psycho-Analysis*, 1986.
- ODGEN, H. *La matriz de la mente*. Tecnipublicaciones. Madrid, 1986.
- RACKER, H. (1959) *Estudios sobre la técnica psicoanalítica*. Ed. Paidós. Buenos Aires.
- RIMOLDI, R. "El encuadre psicoanalítico: aspectos clínicos y metapsicológicos". Inédito, 1994.
- RÍOS, C. "Encuadre y sentido", Ateneo científico de la Asoc. Psicoanalítica de Buenos Aires, Mayo, 2002.
- TORTORELLI, A. "Desde el borde". Trabajo presentado en el II Congreso Argentino de Psicoanálisis de familia y pareja, Mayo, 2001.
- TRÍAS, E. *Elogio de los límites*. Ediciones Destino. Barcelona, 2000.
- ZAC, J. "Un enfoque metodológico del establecimiento del encuadre". *Revista de Psicoanálisis*. Vol. 28, 1971.

GUILLERMO FERSCHTUT

Guillermo Ferschtut
Av. Callao 942, 3°
C1023AAP, Capital Federal
Argentina